

VI.

EL ANGEL DEL CASTILLO.

En 1187 época en que Don Sancho *el Sabio* señalaba mayores términos y concedía varios fueros y privilegios á la actual ciudad de Estella en Navarra, elevábase al norte y no muy lejano de dicha poblacion, un hermoso castillo flanqueado por cuatro soberbias torres que, por su robustez, parecian dispuestas á desafiar por largo tiempo la cólera de las tempestades y la destruccion de los siglos.

Era el solar de los Garcés, nobilísima familia bien conocida en las crónicas del país por sus empresas y hazañas, raza de héroes cuyo solo nombre fuera en otro tiempo temido y respetado de toda la morisma.

Y decimos en otro tiempo, porque, en la época en que comienza nuestra historia, los Garcés habian desaparecido de la escena de las batallas y hacia ya muchos años que su grito de guerra *los Garcés y á ellos!* dejara de resonar, fuerte y terrible, á oidos de la chusma de los infieles.

En efecto el último descendiente de esta familia, el buen anciano Don Alonso de Garcés, habia visto morir en un solo dia á su lado, en un combate con los moros, á su hijo y heredero Sancho, y á su único hermano Gonzalo. Eran las dos esperanzas de toda una noble familia.

Grande fué su dolor, amargas lágrimas derramó sobre los restos inanimados de aquellos dos hombres que, peleando como leales, habian sucumbido como buenos. Al volver en sí de la muda desesperacion á que se vió entregado por espacio de tres dias, mandó poner en dos ricos ataúdes los cadáveres, reunió su gente y, una mañana, enlutadas las armas, las banderas arrasando, partió con los suyos del campamento.

Débil y anciano, impotente para vengarles, Don Alonso partia á sepultarse para siempre en el castillo de sus padres, á llorar allí entre dos mujeres, su esposa y su hija, á llorar sin descanso la muerte de las dos ilustres víctimas con las cuales desaparecia el nombre y la esperanza de su prosapia.

Los cadáveres fueron bajados al panteon de sus mayores en el castillo de Estella, y Don Alonso colgó llorando su espada junto al sitial de la gótica chimenea donde absorto y abismado pasaba los dias enteros. En vano su esposa le colmaba de atenciones y delicados cuidados, en vano su hija redoblaba sus caricias y sus dulces palabras, jamás se vió la menor sonrisa desarrugar las sombrías facciones del anciano caballero. El dardo que hiriera á su hermano y á su hijo le habia herido á él tambien en mitad del corazon; la idea de que ya no tenia quien le sucediera, quien perpetuara su nombre, le desgarraba el alma. La vista de su hija, á la que amaba tiernamente sin embargo, le llenaba de amargura. Hubiera dado la mitad de su vida y su fortuna por tener un varon en vez de una hembra.

Un dia en que, como de costumbre, se hallaba recostado en su sitial junto á la chimenea y entregado á sus negras meditaciones, Don Alonso se incorporó sobresaltado ante un desusado rumor que pobló la estancia.

Una estraña agitacion parece reinar en el castillo por lo comun tranquilo como una tumba; van y vienen por los corredores; las bóvedas del vasto salon repiten los pasos de los criados que se cruzan; sordos murmullos llegan á oidos del anciano. Qué es eso? qué habrá sucedido? Por primera vez, desde la muerte de su hijo y hermano, el corazon de Don Alonso palpita apresurado.

Las hojas de la labrada puerta del salon se abren rechinando y una mujer llorosa, el cabello en desorden, las facciones desencajadas, se precipita en brazos del caballero.

Es su hija Blanca.

— Mi madre! — esclama con un grito supremo arrancado del alma, — mi madre! mi madre se muere!

Y los sollozos la impiden continuar. Pálido y agitado, el anciano Garcés se ha puesto en pié. Siente arder su frente como si le hubieran ceñido una diadema de fuego, siente la sangre paralizarse en su corazon como si sobre él pesara una mole de plomo. El grito de su hija le ha conmovido hasta en lo íntimo de sus entrañas.

El viejo caballero cruza vacilante el salon y llega á la estancia de su esposa. Blanca le ha seguido.

Qué espectáculo se presenta á los ojos de Don Alonso! Pálida como un lirio que el huracan ha tronchado, tendida sobre unos almohadones á toda prisa agrupados, su esposa yace en mitad de la estancia. La enfermedad no ha dado tiempo para nada. Ha sido terrible, instantánea. Cruzaba la madre de Blanca una galería saliendo del oratorio, cuando, herida como por un rayo, sintió doblarse las rodillas y estremecerse sus miembros de frio mientras que un helado sudor recorria todo su cuerpo. Habia llamado en su ayuda, y corriendo precipitados los servidores, transportáronla ya casi sin sentidos á su estancia.

Don Alonso cae de hinojos junto á su esposa y la prodiga los mas tiernos cuidados, la dice las palabras mas dulces. La moribunda abre los ojos, estrecha débilmente la mano del caballero y hace seña á todos que se retiren. Quiere estar sola con su esposo.

Todos obedecen. Blanca ha sido la última en salir, ahogando sus suspiros y sollozos.

—Alonso,—dice con voz débil la pobre muger señalándole la puerta por donde ha desaparecido Blanca,—te la recomiendo. Solo tú le quedas..... Protéjela, ampárala, no pienses mas que en ella, vive solo por ella!.... Oh! no me interrumpas,—añadió viendo que Don Alonso iba á hablar,—no pretendas engañarme ni engañarte..... Siento que la muerte viene por mí..... conozco que apenas me quedan diez minutos de vida. Óyeme pues. Un dia, tú lo sabes, habia formado el proyecto de unir á mi hija con un jóven lejano pariente tuyo, amigo y compañero de su infancia. Tú no lo aprobaste, hiciste mas, cerraste las puertas del castillo á Ramiro, pobre huérfano que en su desesperacion fuése sin duda á buscar una oscura muerte en un lejano campo de batalla..... Oh! leo en tu rostro que te disgusta esta conversacion..... Perdóname, amigo mio, pero ha sido solo para decirte que ya que no le has dado el esposo que yo queria, le des uno que pueda hacerla feliz, que pueda labrar la dicha de mi hija, de mi Blanca. Es mi postrera voluntad, Alonso! Júrame, júrame que harás la felicidad de mi hija. Cuando bajas á reunirte conmigo en la tumba te lo he de preguntar, Alonso!

—Te lo juro!—esclama el anciano y sus ojos se llenan de lágrimas.

Un cuarto de hora despues, Don Alonso no tenia ya esposa, Blanca no tenia ya madre.

Al extremo del panteon de la familia de Garcés habia una puerta de

bronce que daba paso á un bosquecillo; este bosquecillo conducia á un jardin; en este jardin fué sepultada la madre de Blanca. Sobre sus restos se elevó un sencillo monumento para consagrar su memoria, y á su alrededor crecieron los melancólicos cipreses y los llorones sauces, simpáticos centinelas de las tumbas.

Cada mañana iba Blanca á depositar una flor sobre la helada piedra; cada noche, una linterna en la mano, atravesaba los corredores del castillo, cruzaba el panteon, y, llegando al jardin, se hincaba de rodillas sobre la tumba de su madre dirigiendo al cielo sus cándidas y nocturnas preces.

Acababa Blanca de entrar en los diez y nueve años. Educada en el castillo, junto á su buena madre que tanto la queria, sin haberse jamás separado de ella, habia oido hablar del mundo y de las cortes, de los tronos y de las ciudades sin jamás haber fijado la atencion. Ignorante é ignorada, vivia en el fondo de aquel solitario castillo envuelto entre mantos de selvas y de montañas, cual duerme una perla escondida en la concha que guardan los abismos del mar.

Sabia que existia una poblacion llamada Estella no lejos del castillo, pero nunca la habia visto ni nunca tampoco habia sentido curiosidad por verla. Todo su horizonte, todo su mundo estaba allí. Allí tenia su parque, allí sus flores, allí los bosques que le gustaba recorrer montada á caballo, allí los arroyos cuyo curso le agradaba seguir juguetona y alegre.... qué mas podia pues ambicionar?...

Habia aprendido de su buena madre á ser benéfica, su cándido corazon la habia enseñado á ser compasiva. He ahí porque no se alzaba ni una choza en la comarca que, en un dia de luto ó desgracia, no hubiese visto entrar á Blanca dispuesta á remediar la miseria con su escarcela, á calmar la amargura con sus palabras de consuelo. Todo el pais la conocia, todo el país la adoraba. Los aldeanos cien veces socorridos por sus beneficios la habian dado, en su respeto y adhesion, un bello y simpático renombre..... la habian llamado *el ángel del castillo*.

Un año hacia ya que la esposa de Alonso dormia pacíficamente en su tumba visitada cada dia y regada con las lágrimas de Blanca. La hermosa jóven no habia olvidado ciertamente á su madre, pero mitigara el tiempo su dolor, y sus mejillas habian vuelto á recobrar el sonrosado tinte que momentáneamente hiciera desaparecer de ellas una notable palidez.

Nada habia perdonado por su parte Don Alonso para consolar á su hija. El anciano se habia vuelto otro hombre. Pasaba aun, es verdad, los dias en su

sitial junto á la chimenea, pero sus ideas sombrías habian desaparecido y su corazon lo embargaba todo un solo sentimiento: el amor á su hija.

Acababa de llegar la primavera, acababa de llegar la época de las flores. Era una dulce mañana de mayo. El sol brillaba, los prados sonreían, los arroyos murmuraban, los árboles gemian y los pájaros cantaban ocultos en el corazon de la enramada.

Las puertas del castillo se han abierto, dos personas han aparecido. Son Blanca y su escudero. La jóven monta un caballo blanco como el velo que cuelga de su cabeza. Gerardo el escudero la sigue respetuoso á algunos pasos de distancia, ginete en un negro potro que, veloz como el viento, ha cruzado mas de una vez los cordobeses campos que le han criado.

Dónde vá tan de mañana la bella jóven? dónde dirige sus pasos? Va á respirar el aire puro y libre de la campiña, á gozar de los esplendores de un horizonte sereno, á disfrutar de las delicias de un peregrino dia de mayo.

Se habia pasado tanto tiempo sin salir del amurallado castillo, ocupada en llorar á su madre!....

Una poblacion compuesta casi toda de pobres chozas yacia al pié de la eminencia donde se alzaba el castillo, á un tiro de ballesta de este.

Blanca atraviesa la poblacion. Todos los habitantes salen á sus puertas, se inclinan respetuosamente á su paso; algunos la detienen para bendecirla, otros se acercan para saludarla, los mas se adelantan á besar la orla de su traje. Su paso por entre aquella buena gente es un triunfo. Á todos contesta Blanca, á todos saluda por su nombre, á todos sonrie.

Su corazon palpita de gozo, su alma, pura como la primera plegaria de un niño, siente una emocion de júbilo inesplicable: bulle de alegría en el pecho que la encierra como canta de amor un pájaro en la jaula que le guarda. Objeto del cariño y de la veneracion de toda aquella gente que recuerda sus beneficios, *el ángel del castillo* es feliz.

De pronto una nube cruza rápida por su frente que se oscurece, un velo cubre sus ojos que dejan escapar una lágrima. Blanca ha recordado á su madre y su corazon se ha estremecido de dolor. Pobre madre!.... era tan dichosa cuando veia á su hija rodeada, como en aquel momento, de tantos infelices que la colmaban de bendiciones!

Los campesinos ven la lágrima que tiembla como una gota de rocío en los párpados de su bienhechora y la comprenden. Respetan su dolor y en el fondo de sus almas se adhieren todos al melancólico recuerdo.

Reina por un instante el más religioso silencio en aquel grupo. Es un tributo de cariñosa memoria pagado á la muerte.

Blanca, que habia escondido su frente entre sus manos, la levanta y muestra á todos un rostro bañado en lágrimas. Cuán hermosa estaba en aquel momento!

—Amigos míos,— esclama paseando por todos sus miradas,— amigos míos, rezad por mi madre!

Dice, y abriéndose paso con su caballo atraviesa por entre el grupo y parte como un rayo.

De pié y arrimado á un árbol, un extranjero ha contemplado aquella tierna y simpática escena. Viste el trage de los cazadores de la montaña. Su mano izquierda empuña un cuerno de caza, su brazo derecho descansa sobre un arco cuya punta se apoya en el suelo. Ni un momento ha apartado los ojos del grupo, ni un instante ha dejado de mirar á Blanca, bella primero en su felicidad como una ninfa, hermosa despues en su dolor como un ángel.

Háse acercado el cazador á un anciano que acaba de separarse del grupo. Su voz tiene un ligero tinte de altanería.

—Decidme, anciano,— le pregunta,— sabéis quién es esa jóven del caballo blanco?

—Si se quien es? Virgen santa! Lo sabe toda la comarca.

—Luego todos la conocen?

—Y todos la aman.

—Tan benéfica es?

—Es un ángel.

—Un ángel que tendrá su nombre en la tierra?

—Sí.

—Como se llama?

—*El ángel del castillo.*

Y el anciano parte despues de haber saludado respetuosamente.

El cazador baja la cabeza y sigue pausado el camino por el que ha desaparecido Blanca. Á solas con su pensamiento, se hace infinidad de preguntas á las cuales no acierta á contestar. Porque le ha llamado la atencion la hermosura de aquella jóven? porque le han impresionado tanto sus lágrimas y la escena de que ha sido testigo? porque, en fin, ha quedado desde aquel momento reflexivo y meditabundo? Es que las gracias de Blanca le han cautivado? Es que ha sonado para su corazon la hora de amar?

Siéntase el cazador en una piedra al borde del camino y hunde su cabeza entre ambas manos. No puede olvidar al *ángel del castillo*. Solo un instante le ha visto, però este instante ha bastado para decidir de su porvenir. Si Blanca quiere, él será su paladin, él será su esposo.

Dos horas permanece ensimismado, los ojos fijos, la frente entre las palmas, el arco á sus piés. Suenan pisadas de un caballo. Es Blanca que vuelve.

El cazador se adelanta, detiene el corcel de la jóven y dobla en tierra una rodilla. Blanca le mira asombrada.

—Noble dama, — dice el cazador, — la débil enredada busca el tronco de la encina para crecer pomposa y lozana. Un caballero se presenta á ofrecer el apoyo de su brazo, y el esplendor de su nombre. Vuestra hermosura le ha cautivado, vuestras gracias han herido su corazón. *El ángel del castillo* tendrá de hoy mas siempre á sus piés y suspirando de amor á un paladin. Soy el conde de Monforte.

La hija de Don Alonso ha sentido cubrirse sus mejillas del mas vivo encarnado. Es la primera vez que se la dirijen palabras semejantes, es la primera vez que oye á un galante caballero requerirla de amores. Se atreve apenas á mirar al cazador que está á sus piés. El lenguaje del conde ha sido respetuoso y galante, pero hay en su voz una espresion que ha desagradado á Blanca. Las palabras del cazador están muy léjos de haber herido la cuerda sensible del corazón de la doncella.

— Conde de Monforte, — dice Blanca, — cosas me decís que jamás habian resonado á mi oído, que no comprendo y que quizá tampoco debo comprender. Sea como sea, no es bien que una doncella escuche en mitad de un camino las tiernas súplicas de un desconocido galan y que conteste á ellas. Mi madre desde el cielo lo reprobaria, y mi noble padre Don Alonso de Garcés se enojaria al saberlo.

Y acabadas de pronunciar estas palabras, ya está lejos del cazador *el ángel del castillo*.

En todo el dia no ha vuelto en sí Blanca de la sorpresa que le han causado las palabras del caballero, ha sentido una emocion desconocida, hija de una momentánea vanidad mujeril, pero nada mas. Su corazón apenas ha tomado parte. El amor puede haber inspirado su accion al conde, pero la indiferencia ha dictado las palabras de la doncella. Si recuerda la escena es por el asombro que le ha causado, no por la simpatía que le ha producido. Hay en el de Monforte una vaga espresion de orgullo y soberanía,

de sarcasmo y de altivez que ha herido á la hija de Don Alonso. Sus palabras, aunque corteses y humildes, han sido pronunciadas mas bien que en el tono del galan que implora, con el acento del soberano que ordena.

El ángel del castillo se dice que nunca podrá amar á aquel hombre.

Es amiga y antigua conocida de Don Alonso la familia del de Monforte; así es que al presentarse este en el castillo, es acogido con solicitud y atencion por el anciano. Fama tenia el conde de valiente caballero, poseia ricas haciendas y ostentaba un noble y honrado apellido.

No ha necesitado instar mucho para que el de Garcés le prometiera la mano de su hija. El buen padre siente su corazón henchido de júbilo, ha cumplido el juramento hecho á una moribunda; ha creído hacer la felicidad de su hija.

El de Monforte parte con un cielo en el alma. Ya es suyo *el ángel del castillo*.

VII.

TUYA Ó DEL CLAUSTRO!

El anciano ha participado á Blanca su resolucion y la vírgen á sentido cubrirse su alma de luto... Ha inclinado la frente como la caña que el viento doblega, su corazón se ha comprimido como el cáliz de la flor á la que falta un rayo de sol y una ráfaga de consoladora brisa.... Obedecerá á su padre, puede que le cueste la vida, pero le obedecerá.

Casi todos los dias se ve obligada á escuchar las ternezas y galanterías del de Monforte en el gótico salon del castillo y á presencia de su padre. Son instantes de sufrimiento para la doncella que cada vez siente aumentarse su odio hácia su prometido. Su odio, sí... causa horror á la vírgen el de Mon-